

EL MUNDO

Viernes, 15 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.424.

MUNDO

RADIOGRAFIA DE MARRUECOS (Y VI) / LOS DERECHOS HUMANOS

El gran tema del que no habla Zapatero

ALI LMRABET

Los responsables españoles no quieren de ningún modo fastidiar a Marruecos con asuntos de Derechos Humanos. Es más fácil para ellos regañar a la Cuba de Fidel y a la Venezuela de Chávez que al Marruecos del amigo Mohamed.

Esta claro que M6, apodo que dan al rey los marroquíes que creen en sus virtudes, gusta a los actuales responsables de España. Es un «mal menor», dicen algunos. «Comparado con Túnez y Siria, Marruecos disfruta de más libertades», defienden otros. ¿Pero por qué comparar Marruecos con Túnez y Siria y no con España? ¿Acaso los moros merecen menos que los cristianos españoles? ¿Qué hubieran dicho esos demócratas progresistas, cuyos herederos políticos están hoy en el Gobierno, si en los años 70 algunos bienintencionados políticos franceses hubieran defendido la dictadura de la España franquista, afirmando que era más suave que las dictaduras comunistas de Albania o Rumanía? Seguramente se hubieran enfadado y pedido a los bienintencionados vecinos galos que rectificasen.

Los marroquíes quieren ser como los españoles y no como los tunecinos o los sirios. Diga lo que diga el rey de Marruecos cuando rechaza pública y reiteradamente el modelo español y asegura que el reino está disfrutando de una «democracia a la marroquí». Pero el problema no está allí. Que Mohamed VI coree su canción preferida sobre la «transición democrática» alauí es lógico y normal. El sultán defiende sus posesiones y sus intereses personales. Pero que la misma canción sea entonada por los que sufrieron la dictadura de Franco y participaron, algunos de ellos, en la aventura de la verdadera Transición Democrática es un sacrilegio.

Antes del verano, hemos visto en la televisión marroquí a un antiguo jefe del Gobierno español defender en Ginebra la candidatura de Marruecos para el Mundial de Fútbol de 2010. El ex presidente no parecía molesto por estar al lado del general Hosni Benslimane, un militar cuyo nombre ocupa un lugar preferente en la lista de los peores represores marroquíes elaborada por la AMDH. Recientemente, hemos observado a un importante ministro del actual Gobierno, que había declarado en 2001 que el lugar de la monarquía marroquí

estaba en un museo, sentado tímidamente como un colegial al lado del tiranozuelo al que criticaba no hace mucho tiempo. Y cómo no recordar el caso de esa secretaria de Estado, defensora a ultranza del Frente Polisario, obligada por su ministro a comenzar su gira magrebí por Marruecos y no por Tinduf donde la esperaban sus amigos saharauis. Todas estas ceremonias de pleitesía, dignas de una fiesta del Glorioso Trono de los Alauís, se hacían en medio de continuas alabanzas sobre Marruecos canturreadas por el jefe del Gobierno español, su ministro de Exteriores, y hasta por el presidente de la Generalitat de Catalunya.

Que no se malinterpreten estas inocentes observaciones. Es normal que la diplomacia española refuerce las relaciones bilaterales con Marruecos y estreche con él los lazos de la cooperación y la amistad. Nadie puede cambiar la geografía, y Marruecos está irremediamente allí, distante a solamente 14 kilómetros. Pero se esperaba que durante sus numerosas visitas al reino de M6, todos estos demócratas resaltaran en sus ruedas de prensa otra cosa que las habituales exaltaciones sobre el buen entendimiento entre los dos países y el futuro mejor que espera a todos. Es que ni José Luis Rodríguez Zapatero, ni Miguel Angel Moratinos, ni José Bono, ni Leire Pajín, ni Pasqual Maragall, han defendido la instauración de una auténtica democracia en Marruecos, tampoco han condenado la desaparición de decenas de ciudadanos, secuestrados y torturados por la DST, la policía política, y confinados en la cárcel secreta de Témara.

¿Acaso toda esta gente es terrorista? ¿Y si lo fuera, no corresponde a la Justicia interrogarlos y juzgarlos? Todas las organizaciones internacionales de Derechos Humanos, Amnistía Internacional, Human Rights Watch, la FIDH (Federación Internacional de Ligas de Derechos Humanos) y Freedom House, han publicado y difundido demoledores informes sobre la situación de los Derechos Humanos en Marruecos, con ejemplos, fechas, nombres y apellidos de las víctimas, y hasta algunas veces con nombres de responsables marroquíes.

Uno de ellos es el actual director general de la Policía Nacional, el general Hamidu Laanigri. Este militar es tan activo en su oficio que ha sido reiteradamente denunciado por Amnistía Internacional, la última vez en un informe presentado a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en 2003; y la AMDH lo tiene fichado en su lista como un peligroso represor. Pero todos estos datos, que al parecer nunca leen los responsables españoles antes de viajar a los palacios reales de su majestad en Rabat, Marrakech o Tánger, no impiden que Laanigri sea recibido como un amigo en España y que este notorio torturador mantenga excelentes relaciones con sus homólogos peninsulares. Posiblemente si Laanigri fuera cubano, el Gobierno español no lo trataría con la misma cordialidad. Cuba no es Marruecos, eso es cierto, pero los abusos a los Derechos Humanos son abusos donde quiera que se produzcan y sus autores deben ser denunciados sea cual sea su nacionalidad.

El Gobierno español piensa que callando, cerrando los ojos ante los excesos de una dictadura, podrá influir en el cambio en Marruecos. También piensa que el régimen marroquí es un aliado de lujo en la lucha contra el terrorismo islamista ¡Cuánta credulidad! La investigación policial llevada a cabo tras los atentados del 16 de mayo 2003 en Casablanca, no han desembocado en nada. Con independencia del kamikaze que no se suicidó, un tal Ammari, que la prensa marroquí sospecha de estar vinculado a los servicios secretos, y Abdeljak Bentasir, torturado hasta la muerte, ningún cerebro de los atentados, ningún emir, jeque o califa de los barbudos ha sido detenido o enjuiciado. El Ejecutivo socialista prefiere vivir con la idea de que una monarquía autoritaria es el mejor muro de contención contra los extremismos. No quiere ver que ese muro ha sido reventado por la onda de choque de los atentados de Casablanca en 2003 y de Madrid en 2004, y que la dinamita utilizada estaba fabricada con carne de pobreza, corrupción e injusticia.

El Quijote Zapatero y Moratinos Panza no quieren darse cuenta que la autocracia musulmana que tienen abajo favorece al contrario el crecimiento del islamismo, violento y pacífico, y que sin justicia social, democracia y derechos fundamentales para todos la mancha del integrismo radical seguirá extendiéndose. Y algunas veces, desbordando el Estrecho como en el 11-M.

¡Amigo Quijote, despierta antes que las astas del molino marroquí te hagan caer del caballo!

© Mundinteractivos, S.A.